

Las lecturas de hoy comienzan con una doble profecía. Isaías le está diciendo a Israel que el Señor los ha liberado del exilio en Babilonia y los ayudará a reconstruir sus vidas. Esta profecía también predice la venida del mesías que liberará a todos los pueblos de la esclavitud del pecado y la muerte. Hay una imagen en esta profecía a la que quiero dedicar un poco de tiempo antes de pasar a las otras lecturas: el pastor alimentando a su rebaño. Superficialmente no hay nada sorprendente en esa imagen porque eso es lo que hacen los pastores, cuidar de los animales que se les confían. Sin embargo, si profundizamos un poco más, esa imagen es muy sorprendente porque nuestro pastor también es el cordero y nos alimentará con su propio cuerpo y sangre.

El fin de semana pasado les recordé el Discurso del Pan de Vida del evangelio de Juan en el que Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida dentro de sí”. Sabemos que Jesús es el mayor de todos los pastores; En el discurso del pan de vida él también se identifica como el cordero inmolado que nos alimentará con su cuerpo y su sangre. Comer la carne y la sangre de Jesús no es sólo una invitación, también es un mandamiento. En esta enseñanza también dijo: “Quien no come mi carne ni bebe mi sangre, no tiene vida dentro de él”. Esta fue una enseñanza muy dura e hizo que muchos de sus discípulos lo abandonaran.

El discurso del pan de vida es fundamental para nuestra comprensión de la Eucaristía... pero es incompleto. Propone más preguntas de las que responde. ¿Cómo puede Jesús ordenarnos que comamos su carne y su sangre? Eso suena a canibalismo que estaba prohibido por la ley judía y que todavía hoy nos resulta aborrecible. Incluso si hubiera una manera de hacer esto sin romper tabúes legales y culturales, ¿cómo sería posible para nosotros, hoy, comer su carne y su sangre cuando estamos aquí en la tierra y Jesús está en el cielo?

Fueron este tipo de preguntas las que hicieron que muchos de los seguidores de Jesús se alejaron de él y volvieran a sus antiguas vidas. Después de que eso sucedió, ¿qué hizo Jesús? No retrocedió ni suavizó sus palabras. Los dejó irse y luego se volvió hacia los Doce y les preguntó: “¿También ustedes quieren irse?” Pedro dijo: “Maestro, ¿a quién iremos? Tu tienes las palabras de la vida eterna. Hemos llegado a creer y estamos convencidos de que tú eres el Santo de Dios”. Hablando en nombre de los demás Apóstoles, Pedro expresó su creencia en Jesús y sus enseñanzas. ¿Entendieron? Como judíos fieles, probablemente quedaron tan impactados por las palabras de Jesús acerca de comer su carne y beber su sangre como aquellos que se alejaron. La diferencia

fue que, si bien es posible que no hubieran entendido, estaban dispuestos a confiar en que eventualmente Jesús les ayudaría a comprender.

¿Qué se necesita para completar el discurso del pan de vida? La última cena.

Sabemos lo que dijo Jesús en la Última Cena porque escuchamos sus palabras repetidas en cada Misa durante la consagración del pan y del vino. En la noche de la Última Cena, cuando Jesús tomó el pan, dio gracias, lo bendijo y lo partió y dijo “Esto es mi cuerpo, cómelo” y luego hizo lo mismo con el vino, tal vez los Apóstoles hicieron la conexión con eso dura enseñanza en Cafarnaúm. Entendieron que así iban a comer la carne de Jesús y beber su sangre: a través de las divinas palabras de Jesús la realidad interior –la sustancia– del pan y del vino se iba a transformar en su cuerpo y su sangre. Esto continúa hasta el día de hoy cada vez que se celebra la Misa... pero para (tal vez) entender eso, tenemos que entender la conexión entre la Última Cena y la Cruz en el Calvario. Pero para entender esa conexión, tenemos que retroceder y descubrir dónde están escondidas las raíces de la cruz en el Antiguo Testamento. Voy a intentar hacerlo la próxima semana. Ahora mismo echemos un vistazo rápido al resto de las lecturas de hoy.

El evangelio es el comienzo del cumplimiento de la comprensión mesiánica de la profecía de Isaías. Juan el Bautista se adelantó a Jesús para abrir el camino, diciéndoles a todos que se arrepintieran de sus pecados. Tanto Juan Bautista como Isaías quieren que todas las personas se deshagan de cualquier obstáculo que impida la venida del Señor. En la segunda lectura, San Pedro aborda lo que se percibe como un retraso en la esperada llegada del Señor. Muchos esperaban que Jesús regresara inmediatamente en gloria. Eso no sucedió. Pedro nos dice que en lugar de pensar en esto como un retraso, debemos pensar en ello como si Dios fuera paciente y misericordioso. Dios quiere que todas las personas estén con él y nos está dando tiempo para convertirnos y arrepentirnos para poder estar con él. Pero este período de gracia no durará para siempre. El tiempo terminará y Jesús regresará y juzgará a todas las personas según su fe y sus obras. No sabemos cuándo sucederá eso, así que prepárense ahora.

La primera mitad del Adviento se centra en este tan esperado pero repentino regreso de Jesús al final de los tiempos. Estar preparados para esa llegada de Jesús nos ayuda a prepararnos para la venida de Jesús a nosotros en la Eucaristía. Si estamos listos para encontrarnos con él al final de los tiempos, estaremos listos para recibirlo en la Eucaristía. Estar preparados de

esta manera significa que hemos examinado nuestra conciencia, nos hemos dado cuenta de dónde hemos pecado y le hemos pedido a Dios que nos perdone. Los pecados menos graves pueden ser absueltos mediante el acto de contrición al comienzo de la Misa. Los pecados graves deben ser perdonados mediante la contrición sacramental. Esta es la enseñanza de la Iglesia. Cada uno de nosotros es responsable de formar y examinar nuestra propia conciencia y conocer los estados de nuestra alma.

El Señor viene. ¿Estás listo para conocerlo?